

Indicios de una arquitectura del presente

Rafael Méndez

Departamento de Arquitectura, Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia

Editor de la *Revista Escala* (2004-2018)

✉ ramendez@uniandes.edu.co

Las noticias de la pandemia fueron llegando de manera creciente. En la universidad hablaron, primero, de la posibilidad de hacer clases virtuales; luego, de la necesidad de hacer capacitación para ese fin; cuando empezamos la capacitación, nos avisaron que el campus cerraba; a continuación, que tendríamos dos semanas de clases remotas, pero vino el simulacro en la ciudad, y le siguió el aislamiento preventivo, por lo cual la mitad del semestre académico se hizo de manera remota.

Todo fue muy rápido, todo está siendo muy rápido. El cambio fue inmediato: la ciudad se silenció y sus actividades se detuvieron. Después de varias semanas, algunas se han reiniciado, una tras otra, en camino hacia la reactivación de la vida colectiva, especialmente la urbana. Pero se dice que no será igual que antes; oímos y leemos que la normalidad será otra, diferente.

Con el aislamiento, en el edificio donde vivo, un treinta por ciento de los apartamentos quedaron desocupados. Cuando miro por la ventana, en las noches, adivino que en los edificios y casas vecinos también hay muchas viviendas sin sus habitantes. Asumo que aquel quien tenía opciones, logró salir a pasar la cuarentena, que no tenía un plazo fijo, en sitios más seguros, probablemente en una zona rural. También se fueron los estudiantes de fuera de Bogotá o los jóvenes que trabajan en la capital y que regresaron con sus familias. E incluso muchos trabajadores, como el carpintero que trabaja conmigo, se fueron a su pueblo de origen para no estar encerrados en una casa o apartamento en un barrio denso de la periferia de la ciudad; también para tener alguna ocupación y algún sustento alimentario.

La cuarentena termina, pero la situación de pandemia continúa y quien puede permanecer en sus lugares de aislamiento lo hará. Quizás esta condición de ciudad vaciada será parte de la nueva normalidad.

En nuestro ámbito, la normalidad de la última década se caracterizó por el auge, nunca antes visto, de la producción de arquitectura en todo el planeta. Eso lo podemos saber, o deducir, por la avalancha de publicaciones en diversos medios de comunicación y redes digitales que nos embestían cada día. Y si la producción no era real, la reproducción y publicación de imágenes de arquitectura, en este mundo puro visual, sí lo era. Seguramente la última sí fue la década de mayor difusión de arquitectura en la historia, en un mundo globalizado que se comunica básicamente a partir de imágenes visuales en todo tipo de pantallas.

Como parte del consumismo, esta difusión de imágenes de arquitectura ha permitido, más que en cualquier momento y a gran velocidad, definir y propagar valores, lenguajes y tendencias que se repiten casi copiadas por el mundo. Sin embargo, este 2020, y sin que nadie los sospechara, trajo un punto de quiebre en esa corriente: así como esa abundancia de imágenes de arquitectura es de propagación global, gracias al contagio del virus SARS-CoV-2, asistimos a la primera cuarentena global de la historia con miles de millones de personas guardadas en sus casas en todo el mundo. Y, con el encierro, las maquinarias de la construcción se han detenido y muchos proyectos han quedado en pausa.

Con el avance de la pandemia, se especula sobre la reactivación de la economía, se dice que cambiarán hábitos y comportamientos, que se fortalecerá el teletrabajo y la educación en línea, que habrá nuevas reglas y controles para el transporte masivo y para los viajes en diversos medios; vemos en imágenes cómo la naturaleza se recupera y algunos animales se adentran en las ciudades. Presagios de la nueva normalidad...

Nunca antes vivimos algo tan rápido y fulminante que llevara a cambios que no imaginábamos o que se suponían que llegarían en un mayor lapso. Tampoco sabemos si nos excedemos o si nos quedamos cortos en lo que especulemos que pueda pasar más adelante. ¿Se acelerarán procesos tecnológicos y tendremos una arquitectura futurista como de ciencia ficción? O, con el recorte y reducción de recursos, ¿se producirá una arquitectura que vuelva a algún estadio pasado, echando mano de los conocimientos y posibilidades técnicas locales? Quizás lo más sensato es pensar en una arquitectura del presente para las ciudades que tenemos, con sus virtudes, defectos, conflictos y posibilidades frente a las nuevas condiciones que parece que se mantendrán por un par de años.

La pandemia ha traído un cambio temporal e indefinido a los espacios urbanos y a la vivienda. Esta última, como espacio de refugio y cuidado, se ha adaptado para diversas actividades no domésticas y hace pensar en su destino futuro, pues se cuestionan criterios de localización, densidad, áreas mínimas, flexibilidad y adaptabilidad, dotación de espacios colectivos y relaciones con el exterior colectivo y público. Mientras tanto, escuelas, campus universitarios, edificios públicos, edificios de oficinas, fábricas y demás equipamientos de las ciudades están vacíos o a medio usar. Solo están en plena actividad, por su carácter prioritario, los centros de sa-

lud y hospitales y los lugares de producción y abastecimiento de alimentos.

El espacio público, protagonista global de recientes manifestaciones contra diversas políticas en todo el mundo, está más o menos deshabitado de acuerdo con las estrategias adoptadas localmente. Espera renovar su actividad con normas y reglas sanitarias que implicarán cambios en su ocupación y su uso.

Así como ciertas condiciones históricas relacionadas con la salud han inducido cambios en la estructura y forma de las ciudades —amurallamiento, apertura, ciudad jardín, higienización, expansión, densificación—, las circunstancias actuales ofrecen una oportunidad precipitada para pensar la ciudades que tenemos y decidir qué hacer con ellas en el futuro inmediato, en sus diferentes escalas y dimensiones. Entre tantas opiniones e informaciones desde diversas disciplinas, arquitectos y urbanistas tienen una enorme responsabilidad y capacidad para definir e influir en las decisiones que se tomen sobre el uso del espacio habitable, tanto urbano como rural. El compromiso es aportar a la definición de las maneras de habitar la ciudad y a construir un medio ambiente físico, social y económico, en su más amplio espectro, que permita sostener una mejor vida y una mejor ciudadanía.

Es muy probable que la población de las grandes ciudades se reduzca y que se redistribuya en ciudades menores; se “relocalizará”, como ya se habla de la producción industrial global, concentrada en China y otros países de oriente, por los bajos costos de mano de obra. El teletrabajo y la educación en línea nos permitirán estar en sitios más seguros, abiertos, cerca de la naturaleza. Reubicar actividades significa también el reordenamiento de las ciudades y su arquitectura. Si el tejido residencial reduce su densidad, se puede liberar espacio abierto, que significa seguridad ante el contagio. Al mismo tiempo, las actividades colectivas y los equipamientos de servicios sociales deben acercarse a las viviendas, accesibles en medios no masivos de transporte y preferiblemente no motorizados. Esto privilegia el espacio colectivo de mediana escala, los lugares de encuentro, los espacios compartidos de la ciudad: los barrios.

Este tipo de actitudes en el diseño urbano debe llevar a proyectos que tengan en cuenta la fragilidad de los ecosistemas y las limitaciones de los recursos, y también a tener estas condiciones como base una nueva imaginación y creatividad para romper paradigmas y dogmas en las propuestas.



Y en esa ciudad, ¿cuáles pueden ser los valores de la arquitectura en términos materiales, técnicos, de relaciones urbanas, de usos, de lenguaje, de localización? Una muestra de proyectos recientes nos da indicios de lo que resulta deseable en el porvenir de la arquitectura y la ciudad.

En definitiva, debe ser una arquitectura, cierta y, consecuentemente, más cuidadosa con el uso de los recursos materiales y humanos. La respuesta a la crisis actual solo se puede dar, de manera integral, a nivel global. Esto requiere una conciencia política, social y cultural que encamine la producción de los bienes materiales e inmateriales hacia valores diferentes al lucro económico. En una visión amplia de la ecología, en la que se vuelven actuales las ideas de Félix Guattari,¹ los comportamientos sociales, políticos y económicos deben comprenderse y enfocarse en relación con el entorno, la vida colectiva y las expresiones individuales. Así, la arquitectura debe considerarse como dispositivos de producción de subjetividad, en el sentido de permitir la formación de significados plurales tanto individuales como colectivos.²

El entorno

Desde la segunda mitad del siglo XIX se abrió camino la ecología como disciplina científica, y se fortaleció al cabo de un siglo. Entre diversas especializaciones, desde la década de 1980 se abrió la línea del urbanismo ecológico, basado en la interrelación entre los organismos (formas de vida toda) con las estructuras construidas y el entorno natural (suelo, agua y aire). Por su parte, el ambientalismo tiene su punto de partida en los años sesenta con diversos textos, reglamentaciones y activismo, que toman fuerza con la urbanización exacerbada del planeta y las evidencias del cambio climático.³

Frente a los efectos del calentamiento global, sabemos de la finitud de los recursos, la extinción de especies y las amenazas a la vida humana en el planeta. En respuesta, en las últimas décadas ha estado en boga la arquitectura sostenible. Sin embargo, muchas construcciones se quedan simplemente en la moda o en el seguimiento de manuales y reglamentos que

permiten obtener algún tipo de certificación, pero que no garantizan su calidad ni las consideraciones ambientales fuera de los límites del edificio.

Hace tres décadas, Félix Guattari advertía que la ecología medioambiental apenas estaba esbozando las ideas que él planteaba, y que parecen más que pertinentes en la coyuntura actual. Respecto al entorno, se requieren actitudes más fuertes e informadas para que la arquitectura y el urbanismo sean verdaderamente cuidadosos en el uso de los recursos en diversas escalas. Adicionalmente, la ecología debe salir del campo de especialistas y apasionados, para ser parte integral de la vida consciente de todos como parte de un ecosistema. Esto se logra, en buena parte, por medio de equipamientos colectivos que acojan la vida en este sentido.

Además del inminente incremento de la movilidad individual sin consumo de energía, el paseo de bicicletas entre los árboles [*ver proyecto en la página 110*], nos plantea, con su integración con el entorno, un umbral entre el campo y la ciudad que considera territorios híbridos urbano-rurales; en este caso un bosque urbano, como espacios habitables, productivos y hospitalarios. Adicionalmente, su forma y materialidad expresan la cercanía del ciclista y su propia energía con la naturaleza y la posibilidad de uso de recursos renovables, reutilizables y reciclables, al tiempo que respeta la flora y la fauna del sitio.

Un caso absolutamente urbano, como es el Sesc 24 de Maio [*ver proyecto en la página 118*], nos pone un par de temas sobre la mesa: el reciclaje y la flexibilidad de las estructuras. Ante el destino de segmentos del parque inmobiliario existente, que quedará subutilizado o vacante, se hace necesaria su reutilización. Parte de la gran cantidad de hoteles, centros de oficinas, centros comerciales y salas de cine y teatro, volverá a su uso previo con adaptaciones; mientras que otra buena parte puede reutilizarse y reciclarse para equipamientos y servicios colectivos y sociales, e incluso para viviendas.

En el caso del edificio paulista, la reutilización del abandonado almacén por departamentos Mesbla aprovecha las bondades



de las estructuras de concreto para adaptarlas a nuevos usos. A la adaptabilidad que ofrece la estructura de planta libre, se suma el ingenio de la tradición paulista en el uso de estructuras de concreto de grandes luces para insertar una estructura nueva que soporta los pisos superiores. Así, se logra la flexibilidad necesaria en la distribución de un programa complejo con el uso de materiales simples y económicos, propios del brutalismo paulista.

La inusual propuesta de levantar un invernadero sobre un edificio de oficinas [*ver proyecto en la página 132*] evidencia la posibilidad o, mejor aún, la necesidad de superar el uso del verde como elemento decorativo de los llamativos muros verdes o del aprovechamiento de las cubiertas para regular el drenaje de las aguas lluvias, para la regulación térmica o la captación de energía. Acá se expone la oportunidad y la viabilidad de hacer cubiertas y terrazas productivas, ni más ni menos que de alimentos, mientras se obtiene un nuevo paisaje urbano con el perfil de las azoteas para el uso público o colectivo. Con esta inusual mezcla de usos, el proyecto apuesta por el regreso de la agricultura a las ciudades y las posibilidades de la autonomía alimentaria, ya que el invernadero es un laboratorio de investigación para avanzar en el campo de la agricultura integrada a la construcción.

Lo colectivo

En la escala de lo comunitario, la arquitectura que presentamos sugiere restablecer los modos de convivencia en diversas escalas. A mayor escala, el reordenamiento del territorio, de acuerdo con las posibilidades del trabajo y la educación remotos y la relocalización de las actividades productivas, recreativas y culturales. A menor escala se ofrecen cambios a partir de pequeñas intervenciones, incluso temporales. La escala menor procura hacer barrio; mejora y enriquece relaciones de la vida colectiva, y fortalece las economías domésticas, que se mueven en los tiempos de la vida cotidiana.

En el taller de costura en la zona rural de Pereira [*ver proyecto en la página 142*] se proponen otras maneras de proyectar que



reivindican los oficios y la gestión de un grupo de mujeres y su proyecto comunitario y productivo con una alta rentabilidad social. La pequeña fábrica permite el trabajo en un entorno sano e inmediato a otras actividades educativas y culturales del barrio y a las ocupaciones familiares. En términos materiales, la valoración del paisaje y la cultura rural son el punto de partida para definir la forma del edificio y el uso de técnicas y materiales conocidos y disponibles en respuesta a las condiciones ambientales del sitio. Se acerca a la arquitectura vernácula, con una respuesta actual, con cuidado por la calidad espacial, la funcionalidad, el confort climático, el agrado de las visuales y la pertenencia a un conjunto comunitario.

Las intervenciones temporales en espacios públicos en Madrid [*ver proyecto en la página 154*] permiten la apropiación de pequeñas plazas y la expresión de diversos grupos de edad. Su rápida instalación y sus atractivas formas, materiales y colores resultan en un insólito mobiliario que animan y producen un evento en el espacio público. Es una fuerte experiencia sensorial a partir de recreación y cultura provista a domicilio, como lo soñaron en sus dibujos los Archigram, hace más de medio siglo.

Esta es una escala intermedia entre lo doméstico y lo público, en que se ofrecen momentos de distención e interacción colectiva a partir del juego y las actividades culturales. Estas acciones urbanas buscan reivindicar los espacios para los niños, pero también para los adultos mayores o para cualquier grupo de edad, separados o combinados; son activadores sociales que fortalecen el sentido de vecindad y solidaridad, tan necesario en respuesta al aislamiento de la pandemia.

De acuerdo con Guattari, así se fortalece la polis y se enriquece el campo de lo político por encima de la política,⁴ para disolver los antagonismos que constituyen la sociedad y las prácticas e instituciones que ordenan la coexistencia en el marco de la diversidad y el disenso de la ciudadanía.

En el Sesc, en el centro de São Paulo, se puede transitar en el primer piso donde se disuelve el límite entre la calle y el interior, entre lo público y lo privado, y para continuar la red de pasajes

1. El ensayo *Las tres ecologías* de Félix Guattari fue publicado en su versión original en francés en 1989, por la editorial Galilée.

2. Guattari, *Las tres ecologías*, 18.

3. Robert T. T. Forman hace un buen recuento de este proceso en su artículo “La ecología urbana y la distribución de la naturaleza en las regiones urbanas” incluido en el libro *Urbanismo ecológico*.

4. Mohsen Mostafavi reúne conceptos de Félix Guattari y de Chantal Mouffe en el texto introductorio del libro *Urbanismo ecológico*.



y espacios abiertos del denso centro de la ciudad. A partir de los espacios de encuentro del primer piso, se continúa el paseo urbano en una secuencia vertical de actividades colectivas de recreación, cultura y deporte en diversas alturas. La variedad de la sección, como sucede también en el Centro Cultural Moreira Salles en la Avenida Paulista, quiere continuar el espacio público en los pisos superiores en una ciudad tan congestionada. Con esto, se amplía la vida colectiva, la posibilidad de ver y ser visto y la relación entre diversidad de personas en términos sociales y económicos. Sin embargo, ahora podemos poner en entredicho el modelo de ciudad densa y vertical de São Paulo y otras ciudades del mundo, frente a las condiciones que aconsejan distanciamiento social.

Hay también una nueva actitud en la construcción social y política, al colocar un invernadero productivo en la cubierta de un edificio de administración pública. La imagen e identidad tradicional de las entidades estatales como distantes, en un escenario monumental y formal, cambia al acercar la función pública a la población y al proporcionar un espacio de uso colectivo, que en este caso se relacionan con la plaza cívica y el mercado público vecinos.

En los proyectos agrupados bajo la idea de *hospital paramétrico* [ver proyecto en la página 162], el sistema flexible, modificable y adaptable responde a la disponibilidad material, técnica y de mano de obra de las diferentes locaciones. Aunque lo esencial está predefinido, los casos particulares no son copias, sino el resultado de la replicabilidad de los procesos de proyecto y producción. En este caso, la expresión y belleza de la arquitectura son fruto de los procedimientos y de alimentar las variables del sistema con las condiciones ambientales y culturales de cada locación. Estas cualidades permiten la adaptación y apropiación del servicio de salud por parte de las comunidades beneficiadas.

El sujeto

Siguiendo la propuesta de Guattari respecto a lo que él llama una *ecosofía mental*, estas arquitecturas invitan a tener una nueva relación del sujeto con el cuerpo, el tiempo y la vida.⁵ Esto significa la relación con su propia visión del mundo, la creación de diversas apreciaciones y significados y la convivencia de las infinitas subjetividades posibles en una sociedad.



Aunque todavía centradas en el ser humano, podemos percibir en estas propuestas que la especie hace parte de un ecosistema biodiverso, en amplio sentido, con espacio para lo sagrado y el disfrute de los sentidos. Acá es posible una cohabitación entre el hombre, la vegetación y los animales, entre la tecnología y la ritualidad, entre la vida y la muerte.

Esta ecología mental apela a lo primario: los instintos, las emociones y la percepción sensorial. Así, más que resolver un problema de movilidad y tráfico, el uso de la bicicleta nos lleva a una nueva relación con el cuerpo, su potencia física, su movimiento, su capacidad de percepción y de disfrute del entorno. El circuito de bicicletas en medio del bosque, así como a través del agua en otro proyecto de Burolandschap, trae la naturaleza a la ciudad, para transitar por nuevos paisajes como lugares de socialización y de encuentro de subjetividades; la técnica y la precisión de las normas lo hacen accesible e incluyente.

Las imágenes del taller de costura, con la vegetación circundante y su materialidad, hacen resonar en la memoria sensible los olores, la humedad y temperatura y los sonidos de la “tierra caliente”. Su materialidad, con diferencias de texturas, pesos, colores, temperatura y la expresión constructiva, apelan a las sensaciones hápticas.

El espacio se percibe con el cuerpo entero,⁶ por lo cual la pendiente de las rampas, los cambios de dirección, la medida continua del espacio, los cambios de luz, se vuelven imágenes sensibles nutridas por todos los sentidos en los recorridos a pie o en bicicleta en el que el cuerpo aprende y recuerda.

Tener conciencia de la cognición y la memoria del cuerpo conlleva idear y moldear espacios más sensibles a nuestras necesidades y a las experiencias que requerimos. La plasticidad orgánica de las formas y de los materiales pone en juego la sensibilidad y conciencia del propio cuerpo, que puede ser acogido para el crecimiento de sus rituales, privados o colectivos.

Los hospitales de PMMT acercan la salud a lugares remotos, llevan la prevención y la atención a comunidades alejadas y desprovistas. Su arquitectura, con espacios abiertos entre los pabellones, con circulaciones variadas, con luces tamizadas, con sombras en los atrios, con espacios de diversos grados de



intimidad y de compañía, permite vivir con dignidad y cobijo el tiempo de la espera, el cuidado, el temor, la enfermedad, la salud y quizás la muerte.

Arquitectura del presente

Después de dos siglos de sociedad industrial, en un mundo nominalmente posindustrial y digital, nos encontramos en una transición veloz que no había sido pensada y para la que no estábamos preparados. Con los avances técnicos y tecnológicos disponibles —diseño asistido, prefabricación robótica, impresión 3D, genética, biónica, disponibilidad de información, redes de comunicación y logística, etc.— no podemos dar marcha atrás hacia la apología de todo tiempo pasado como mejor.

Contamos con la posibilidad de instalaciones transformables, reversibles, desmontables, para que tanto espacios exteriores como interiores puedan acoger actividades preestablecidas y no programadas, con diversas temporalidades y sin aspiración de permanencia eterna.

La producción de arquitectura se hace más abierta e incluyente respecto a lo “informal”. En la gestión del proyecto, el arquitecto asume el rol de participante de un grupo interdisciplinario que colabora con una comunidad o cliente como promotores empoderados; abandona su sitial de autor de piezas únicas.

La manera de proyectar a partir de reglas y parámetros con la asistencia de programas de computación debe superar la absurda idea de erigirse como un estilo (el “parametrismo”) para entenderse seriamente como una manera de operar para lograr la eficiencia y la adaptabilidad, la planificación y administración del proyecto, la reducción de costos y la rápida dotación de servicios a territorios aislados o con recursos limitados.

La disponibilidad de recursos materiales y humanos disponibles, en diferentes escalas y condiciones socioeconómicas, asume un amplio rango de modos de producción. Estos incluyen el uso de tecnologías industrializadas, parametrizadas y digitalizadas de producción de piezas, como sucede en el hospital y el invernadero, o el corte y montaje de las burbujas plásticas de la plaza, así como el trabajo más artesano y con mano



de obra no especializada presentes en el taller de costura, el Sesc o el punto intermedio del camino de ciclas en el bosque.

Por último, la evidencia y expresión de los procesos de transformación constante, la obra en continuo progreso, la participación activa del usuario en el proyecto y construcción y los ciclos cerrados de construcción, uso, demolición y disposición de residuos determinan nuevos paradigmas éticos y estéticos frente a la obra maestra consumada y perenne.

Estamos ante decisiones fundamentales. La progresión de varios siglos de racionalismo debe dar más cabida a los afectos, la solidaridad, la empatía y la comunicación en una sociedad del cuidado. En el espacio de esta arquitectura, la humanidad se debe recuperar en sí misma, en medio de una globalización que debe ser más permeable a las respuestas locales y de pequeñas escalas.

Así como estos cinco, podríamos tener muchas otras arquitecturas diversas y plurales, que nos refuercen los indicios comentados y nos revelen otros más. En cualquier caso, deben ser señales de la importancia y significado de lo colectivo, del respeto y estimación del medio ambiente, de las abundantes y beneficiosas relaciones entre subjetividades y la respuesta a este presente que estamos viviendo, porque no hay otro más. Finalmente, la mejor arquitectura de la historia es la que siempre ha sido, en sentido profundo, resultado de su tiempo presente.

Bibliografía

1. Guattari, Félix. *Las tres ecologías*. Valencia: Pre-Textos, 2000.
2. Forman, Richard T. T. “La ecología urbana y la distribución de la naturaleza en las regiones urbanas”. En *Urbanismo ecológico*, editado por Mohsen Mostafavi. Barcelona: Gustavo Gili, 2014.
3. Mostafavi, Mohsen, ed. *Urbanismo ecológico*. Barcelona: Gustavo Gili, 2014.
4. Pallasmaa, Juhani. *Los ojos de la piel: La arquitectura y los sentidos*. Barcelona: Gustavo Gili, 2006.

5. Guattari, *Las tres ecologías*, 22.

6. Pallasmaa, *Los ojos de la piel*, 36.